

HIRAM I, REY DE TIRO¹

Juan Antonio Martín Ruiz

G. I. “El Legado de la Antigüedad”, U. Almería

Resumen:

La figura de Hiram I de Tiro ha llamado poderosamente la atención de los investigadores sobre todo a causa de su relación con el rey Salomón, si bien es preciso reconocer que es muy poco lo que se sabe sobre el mismo, hasta el punto de haberse dudado incluso de la veracidad del relato que nos habla de él tal y como lo conocemos. Por ello en este artículo se estudian los datos que tenemos al respecto, así como los principales aspectos que durante su hipotético reinado hicieron posible una etapa en la que el poder e influencia de Tiro se acrecentó al comenzar una fase expansiva hacia los territorios circundantes, junto a un activo comercio a larga distancia, sentando así las bases del posterior proceso colonial en el Mediterráneo central y occidental.

Palabras clave: Hiram I, rey, Tiro, fenicios.

Abstract:

The figure of Hiram I of Tyre has called powerfully the attention of the researchers especially because of his relation with the king Solomon, though it is necessary to admit that it is very small what can be on the same one, up to the point of having been doubted even of the veracity of the statement that he speaks to us about him as we know it as we know it. By it in this article there is studied the information that we have in the matter, as well as the principal aspects that during his hypothetical reign made possible a stage in which the power and influence of Tyre increased on having begun an expansive phase towards the surrounding territories, close to an active trade to long distance, sitting this way the bases of the later colonial process in the central and western Mediterranean.

Key words: Hiram I, king, Tyre, Phoenicians.

INTRODUCCIÓN.

Tal vez uno de los monarcas fenicios más conocidos sea el tirio Hiram I, a quien ha llegado a llamarse Hiram “el Grande” a pesar de que algunos autores dudan de su existencia (Garbini, 1988: 240; Finkelstein, Silberman, 2007: 152), y cuya fama se debe particularmente a las intensas y amistosas relaciones que los relatos

¹ Artículo recibido el 21-11-2009 y aceptado el 4-3-2010



bíblicos le atribuyen con otro de los reyes judíos más célebres, el casi mítico Salomón, sabio y admirado gobernante que aparece en innumerables relatos y leyendas de épocas muy posteriores sobre todo en el ámbito musulmán (Hall, 1905: 295-300; Carroll, 1988: 225-235; Ramos, Boavida, 2005: 86-90), sin que tampoco olvidemos que, ya desde comienzos del siglo XVIII, otro Hiram que estaba bajo el gobierno del monarca tirio se transformó para los masones en Hiram Abiff, el “príncipe de los arquitectos”, al ser el responsable de la construcción del templo salomónico, templo que desde un punto de vista masónico estaba plagado de símbolos que resultan ser ancestrales para ellos (Dachez, 2002: 18-14).

Aun cuando es considerado de forma unánime como el responsable del apogeo comercial experimentado por Tiro en el I milenio a. C., en realidad es muy poco lo que sabemos tanto de su persona como de sus actividades ya que, por curioso que resulte, ninguna fuente fenicia, sea ésta arqueológica o literaria nos habla de él, de manera que los datos existentes proceden en su totalidad de una sociedad a la que él no pertenecía como es la judía. Es por ello que pretendemos abordar en estas páginas el estudio de este monarca fenicio dado que el mismo, según una tradición que nos han transmitido las fuentes literarias, habría supuesto un cambio trascendental en la configuración de la metrópolis oriental, tanto en su vertiente interna como en lo concerniente a la política exterior tiria, algo que va irremisiblemente unido al ya citado rey judío, al mismo tiempo que nos obliga a contemplar la realidad histórica de Tiro en la fecha en la que supuestamente habría vivido, el siglo X a. C.

¿QUÉ SABEMOS SOBRE HIRAMI? EL PROBLEMA DE LAS FUENTES.

Hasta el momento es preciso reconocer que las fuentes que nos facilitan algún dato sobre este monarca son sumamente limitadas, cuestión que no ha dejado de llamar la atención de algunos investigadores dado su renombre (González de Canales et alii, 2008: 74). El registro arqueológico guarda un mutismo absoluto en este sentido: no nos ha llegado inscripción alguna que lo cite, como tampoco se ha preservado su sepultura ni nada que haga alusión a su figura, pues aunque la tradición popular atribuía un enterramiento con torre exterior y cámara hipogeica al

lugar de su última morada (Fig. 1) (Rawlinson, 2005: 105), en realidad se trata de una tumba de época persa (Benichou-Safar, 1992: 458-459). Así mismo, un cuenco metálico hallado en la isla de Chipre en el que se alude a una ofrenda realizada por un gobernador de la ciudad de Qarthadast que se define a sí mismo como “servidor de Hiram”, corresponde en realidad a Hiram II, quien vivió en la segunda mitad del siglo VIII a. C. y que también vemos mencionado, con el nombre de Hirammu, en inscripciones asirias del reinado de Tiglatpileser III al que pagó tributos (Lipinski, 1992: 218; Belmonte, 2003: 130 y 152; Ruiz, Wagner, 2005: 109).



Fig. 1- Supuesta tumba de Hiram I de Tiro (Fuente: G. Rawlinson).

Ello significa que nuestra información se reduce a las referencias facilitadas por las fuentes escritas, lo que impide la necesaria contrastación entre ambas. Pero incluso así éstas se limitan a las diversas alusiones que hallamos en un ámbito historiográfico muy determinado como es el judío, extremo que, a su vez, impide su confrontación con textos de otras sociedades orientales, en particular la propia fenicia que, como ya hemos dicho y al igual que ocurre en otras circunstancias, no nos ha transmitido referencia escrita alguna. En consecuencia, dichas alusiones se limitan a referencias bíblicas en libros como *Reyes* o *Crónicas* y a los comentarios hechos por Flavio Josefo en el siglo I d. C. en dos de sus obras, *Contra Apión* y *Antigüedades Judaicas*.



Tradicionalmente se ha venido considerando que el relato recogido en la Biblia acerca de la monarquía unificada reflejaba hechos históricos que podían ser aceptados en términos generales (Finkelstein, Silberman, 2009: 139-140). Pero lo cierto es que, a pesar de la encendida defensa que a veces se hace acerca de la fiabilidad de los libros bíblicos (Millard, 2004: 159-161), estos textos, y en particular los que ahora nos interesan, no están exentos de problemas que obligan a cuestionarlos seriamente, máxime si tenemos presente que tampoco aquí contamos con restos arqueológicos que puedan verificar su veracidad, pues hasta la fecha no se ha encontrado un solo hallazgo que nos hable del propio Salomón o que se relacione con el célebre templo de Jerusalén (Laughlin, 2001: 138-142), a pesar de que se haya propuesto que un muro de sillares almohadillados de inspiración fenicia localizado en esta ciudad correspondería a parte de este templo (Laperrousaz, 1973; 360-372; 1982: 225-230), al igual que acontece con las murallas y el palacio que ordenó erigir (Finkelstein, Silberman, 2009: 144-145). Aunque la inscripción hallada en Tell Dan fechada en el siglo IX a. C. en la que se alude a la “Casa de David” y, tal vez, otro epígrafe moabita localizado cerca del Mar Muerto confirmen la existencia histórica de los monarcas de dicha casa real, el testimonio arqueológico disponible no coincide con lo expuesto en el relato bíblico (Finkelstein, Silberman, 2009: 145-146). Además, en el caso de los pasajes bíblicos referidos a este soberano se advierten contradicciones internas, así como aspectos sobre los que podemos dudar seriamente acerca de su autenticidad. Tal acontece con el pretendido matrimonio entre éste y una princesa egipcia, hija de un faraón del que curiosamente se omite el nombre (James, 1993: 188), pues tal hecho resulta ser algo inconcebible si tenemos en cuenta la reticencia de la corte egipcia a desposar sus princesas con reyes de otras monarquía de mayor rango, y no digamos con un monarca de segundo orden como era, desde la óptica egipcia, Salomón por más que las fuentes pretendan situarlos en un mismo plano (Garbini, 2002: 49-51; Liverani, 2003: 257-258). Como se ha indicado no cabe duda que el relato salomónico está escrito con la clara intención de ensalzar y engrandecer la figura de este monarca (Ikeda, 1982: 223), sin que la redacción bíblica refleje fielmente la realidad del siglo X a. C. (Knauff, 1991: 167). Además, no cabe olvidar la marcada finalidad ideológica y religiosa con que la Biblia fue redactada, de tal manera que las figuras de Saúl, David y Salomón se



adaptan a una estructura preestablecida tendente exclusivamente a transmitir este proyecto divino de salvación para el pueblo hebreo (Mitchell, 2002: 5-7).

Pero no acaban aquí las dudas acerca de la veracidad general de la historia salomónica tal y como la conocemos, y que en palabras de G. Garbini (2002: 217) no pasa de ser una historia novelada, ya que, aunque algunos estudiosos del tema consideran que su redacción es contemporánea a los hechos que narra (Minette, 1997: 10), lo cierto es que cada día parece más creíble que la realidad histórica reflejada por los relatos contenidos en *Reyes* no corresponde como decimos con el siglo X a. C., sino que se basan en acontecimientos posteriores, en una fecha aún discutida que si para unos se vincula con el reinado de Josías en el siglo VII a. C. (Finkelstein, Silberman, 2009: 162), para otros habría que situar hacia el 400 a. C. (Garbini (2002: 217-218). Es más, incluso se ha puesto en duda que la fuente primigenia fuesen los anales reales de Salomón, ya que estos registros no se iniciaron hasta el posterior reinado de Jeroboam (Knauf, 1991: 172-175), siendo así que para algunos incluso su redacción reflejaría el reinado de Judá en el siglo VII a. C. durante el mandato de Manases (Finkelstein, Silberman 2007: 133). Tampoco debemos olvidar que la arqueología no parece confirmar la visión de un potente estado con una capital, Jerusalén, que no ofrece en absoluto indicios de esta presumida grandeza, a la par que se duda seriamente acerca de que la arquitectura monumental que hasta no hace mucho se atribuía a esta centuria, en especial las espectaculares puertas amuralladas que protegían algunos asentamientos, lo sean efectivamente (Blázquez, Cabrero, 2004: 36-39), si bien más adelante hablaremos de nuevo sobre este tema.

En cuanto a Flavio Josefo, su fiabilidad vendría dada por la presunción de que el grueso de su información proviene de los propios anales reales tirios, los cuales habrían sido traducidos al griego por Menandro de Éfeso. Así, todo lo dicho contaría con el aval que le otorga el haber sido fielmente anotado en aquellos tiempos pretéritos por los escribas fenicios. Sin embargo, la cuestión parece ser mucho más compleja como ha señalado G. Garbini (1980: 73-78), pues la producción literaria de Josefo plantea igualmente contradicciones internas como es considerar en las *Antigüedades Judaicas* que Menandro fue el traductor al griego de



estos anales, mientras que en *Contra Appión* aparece como un simple compilador. Tan es así que suscita dudas acerca de si realmente Flavio no habría tomado sus informes de algún autor helenístico, según reflejan algunos componentes de su relato como son los acertijos que Salomón e Hiram se enviaban (Rawlinson, 2005: 103-104) y que no aparecen recogidos en la Biblia. En relación con Hiram se ha señalado la falta de fiabilidad que presentan estas fuentes, puesto que si seguimos el escrito bíblico habría reinado 54 años, en tanto Josefo solamente le atribuye una duración de 34 años, e incluso se ha llegado a plantear que no tuvo relación alguna con el rey David (Garbini, 2002: 45-47 y 54). Pero, ¿hasta qué punto podemos considerar válida esta lista real?. Sin entrar a valorar en profundidad el conjunto de reyes tirios conocidos hasta ahora, cuestión que no está en absoluto exenta de problemas en lo referente a su composición y datación, cabe recordar que Josefo cita un total de dieciocho gobernantes que abarcan desde el siglo X al VI a. C. con un vacío en el siglo VII. Así pues, con toda seguridad su relación no es completa ya que a ella se han añadido nuevos monarcas no citados por él, ni los años de reinado que asigna a cada uno son correctos. Además, algunas referencias externas, como son una reducida serie de textos asirios y fenicios junto con una cita de Herodoto (VII, 98), nos permiten valorar lo que decimos, pues ha podido comprobarse que en los casos de Baalmazar II, Luli, Mattan III e Hiram III se producen desajustes notables (Pettinato, 1975: 147-150; Lemaire, 1976: 84-92; 1991: 134-148; Elayi, 2007: 21-25; Garbini, 2002: 45-47 y 64-66; Belmonte, 2003: 122).

En consecuencia, y teniendo presente las dudas y limitaciones que presentan estas fuentes que acabamos de mencionar, los únicos datos que conocemos acerca de Hiram son los contenidos en la lista real aportada por Josefo (*C. App.*, I, 119), como son los nombres de su padre, el rey Abibaal, que no debemos confundir con el Abibaal que reinó en Biblos a finales de esta misma centuria (Albright, 1947: 157 y 160; Belmonte, 2003: 129), así como de su sucesor, su hijo Baleazar o Balbacer que gobernó durante diecisiete años y del cual nació el nieto de Hiram, Abdastrato/Abd-Astarté, quien fue asesinado tras llevar nueve años en el poder por los hijos de su nodriza poniendo fin a la dinastía (Belmonte, 2003: 106). Al parecer falleció a la edad de cincuenta y tres años y gobernó durante treinta y cuatro (Josefo, *C. App.*, I, 117-118), desde 970/969 a 936 a. C. (Harden, 1985: 52; Fernández, 1995: 101;



Blázquez, 1999: 56, Aubet, 2000: 84; Belmonte, 2002: 105; Prados, 2007: 92), aunque no existe un acuerdo total al respecto, pues también se defiende un período de tiempo comprendido entre los años 980 a 947 (Stieglitz, 2000: 691), 962-929 a. C. (Lipinski, 1992: 218; Elayi, 2007: 32) o entre el 959 y 926 a. C. (Mederos, 2007: 130). En cualquier caso su acceso al trono habría tenido lugar cuando contaba diecinueve años. Fue gracias a su iniciativa, según veremos más adelante, como se estableció un tratado de amistad con David y su hijo Salomón, construyendo para este último su célebre templo en una fecha que varía según la obra de Josefo que consultemos, puesto que si en *Ant. Jud.* (VIII, 62) indica que lo hizo cuando Hiram llevaba reinando once años, en *C. App.* (I, 126) lo eleva hasta los doce.

LA POLÍTICA INTERNA DE HIRAM I.

Hemos de confesar que las fuentes nos hablan menos de la política interna emprendida por Hiram que sobre sus empresas externas, siendo una vez más Flavio Josefo (*C. App.*, I, 114), quien nos informa de una activa política constructiva desarrollada tendente a modificar el aspecto de la ciudad insular, ya que nada se indica al respecto en los textos bíblicos. Según este autor la antigua isla estaba dividida en dos partes, una mayor al norte y otra de menores dimensiones al sur, de manera que Hiram I habría unido estas dos zonas hasta conformar un único emplazamiento que, en opinión de P. M. Bikai (1987: 72) y A. Ciasca (1997: 179), no superaría el kilómetro cuadrado de extensión aun cuando para M. E. Aubet (2000: 84) alcanzaría los 160.000 m², labor para la que se hizo necesario el drenaje de la zona así como el traslado de material de relleno desde tierra a la isla, creando un espacio que debió estar destinado a un uso público (plaza, mercado...). Como resultado de este deseo de remodelación urbanística, habría procedido también a la reconstrucción de varios templos dedicados a Melqart y Astarté, erigidos sobre cimientos de otros más antiguos.

Así mismo, habría comenzado a ejecutar una serie de obras de ingeniería, como cisternas para el almacenamiento de agua que antes que él se llevaba en barcas desde la costa (Aubet, 1987a: 32), así como uno de los dos puertos con que contaba la ciudad, en concreto el más septentrional o sidonio, que para algunos estudiosos no



era sino una ensenada formada al unir las dos islas, si bien los posteriores niveles romanos y bizantinos arrasaron los correspondientes a este período por lo que nada queda de ellos (Bikai, Bikai, 1987: 75; Carayon, 2008: 295), en tanto otras obras acometidas afectaron al propio palacio real.

Otra destacada novedad atribuida por Josefo (*C. App.*, I, 118-119; *A. Jud.*, VIII, 145-146) a este monarca es la reordenación de algunos cultos religiosos. En este sentido cabe destacar el culto al dios Melqart, deidad que representaba a la propia ciudad de Tiro como su propio nombre “rey de la ciudad” indica (Lipinski, 1995: 227), circunstancia que en opinión de algunos autores (Xella: 2003: 27-28) podría avalar su papel como sumo sacerdote según se ha puesto de manifiesto para otros reyes fenicios. Así, se habría instaurado la celebración anual de su muerte y resurrección que se celebraba durante el mes griego de *Peritios*, mes que para algunos autores se situaría entre los meses de febrero a marzo (Dussaud, 1946: 207), en tanto otros lo sitúan hacia enero/febrero (Lipinski, 1995: 233; Stieglitz, 2000: 691), y donde algunas voces han mostrado los paralelismos creados por historiadores helenísticos entre este rey y la reforma del culto a Yaveh que hizo Salomón (Lipinski, 1995: 233-234; 1992: 218). En realidad todo parece sugerir que Hiram convirtió el culto de este dios en un elemento aglutinador del ideal monárquico, de tal forma que venía a simbolizar una imagen idealizada de su propia figura (Sanmartín, 1999: 20) con lo que al mismo tiempo que afianzaba su poder disponía de un importante instrumento de cohesión social (Houtart, 1989: 111-112 y 224-225). Además, como se ha puesto de manifiesto (López, 1997: 56-57), este fallecimiento ritual en el fuego que simboliza el triunfo sobre la muerte no es otra cosa sino un rito de carácter agrícola, también presente en el ámbito griego como vemos en el mito de Démeter, tendente a asegurar la fertilidad y la prosperidad de la tierra, sin olvidar la fuerte vinculación que este dios tiene con la navegación y la gran trascendencia que tendrá en los cultos llevados a cabo en las diversas colonias repartidas por el Mediterráneo.

En íntima relación con este hecho cabe citar también la reforma del calendario. Aunque desconocemos muchos aspectos del mismo queda claro que el calendario fenicio tiene carácter lunar, siendo muy parecido, si no el mismo, que

utilizaban los hebreos (Stieglitz, 2000: 691), si bien aún se discute si debe relacionarse con otros de la antigua Mesopotamia, en los que a los doce meses con que contaba el año lunar debía sumarse otro más para suplir su desfase con el solar, o bien se aproximaba al calendario egipcio que no incluía este décimo tercer mes (Whitrow, 1990: 44 y 50), como se ha sugerido recientemente (Stieglitz, 2000: 694). Por desgracia la documentación disponible sobre la configuración del calendario antes de Hiram es tan exigua que no nos permite vislumbrar en qué consistió su reforma, si bien fue considerada de tal calibre que dejó asentado el posterior sistema de medición del tiempo que emplearon los fenicios durante todo el I milenio a. C. (Stieglitz, 2000: 694).

Por desgracia son muy pocos los restos arqueológicos exhumados en Tiro que podemos situar en esta centuria, dada la escasez de trabajos arqueológicos llevados a cabo en este enclave, período al que corresponden los estratos XII-XI del sondeo emprendido por P. M. Bikai (1978: 66-67), y en los que se advierte la construcción de un nuevo edificio, siendo posible citar la aparición de adornos en marfil, fusayolas, señal de la existencia de actividades textiles, así como algunas cerámicas helenas que se fechan en el siglo X a. C. tales como platos, cráteras áticas y escifos euboicos, siendo notorio que algunos ejemplares protogeométricos tienen claros paralelos en Lefkandi (Crielaard, 1993: 146), sin que olvidemos la publicación de alguna estela funeraria que puede fecharse en esta centuria (Sader, 2005: 42-43).

LA POLÍTICA EXTERIOR.

Los pilares básicos de la misma parecen haber sido la expansión territorial hacia el continente junto a la activación de la economía, en especial el comercio y muy posiblemente la agricultura, sin olvidar los lazos políticos y diplomáticos que le unieron con los reyes de Israel, aspectos sobre los que nos detendremos a continuación, teniendo presente que, como se ha señalado (Aubet, 1987b: 42; Fernández, 1994: 101), en esta centuria se produjeron una serie de factores que facilitaron el auge de Tiro, como fueron el progresivo debilitamiento de la influencia egipcia en la zona, algo que afectó al protagonismo que hasta entonces había



disfrutado la vecina Biblos, el fin del control filisteo en esos territorios y la carencia de expansionismo en la política asiria del momento.

Una faceta a destacar es la política exterior emprendida con el reino unificado de Israel a costa de territorios filisteos, lo que se llevó a cabo a través de un tratado que Hiram firmó primero con David, para quien habría construido un palacio (II, *Sal.*, 5), aun cuando estas relaciones han sido consideradas como altamente improbables (Garbini, 2002: 45 y 54), y más tarde con Salomón (I, *Rey.*, 5), siendo en ambos casos el rey fenicio el que aparece como quien da el primer paso tomando toda la iniciativa. En íntima relación con este hecho juega un gran papel la construcción de dos edificaciones que representan a sendas instituciones vitales en el ámbito semita, como son, de un lado, el palacio y, de otro, el templo. En efecto, Salomón se hace edificar un palacio que aparece denominado como “Bosque de Líbano”, con tronos de marfil que nos recuerdan vivamente los elaborados por artesanos fenicios donde los querubines de los que nos habla la Biblia (I, *Rey.*, 10), no son otra cosa que las esfinges que vemos en los tronos de Astarté que conocemos (Delcor, 1983: 786-787), en tanto el templo judío es levantado siguiendo los cánones fenicios (Harden, 1985: 82-84; Moore, 2004: 221; Bourbon, Lavagno, 2006: 32-33). Como es bien sabido el monarca fenicio aportaba mano de obra especializada, arquitectos, canteros, carpinteros, metalúrgicos, etc., así como los materiales necesarios para la construcción del palacio y el templo que Salomón deseaba, sobre todo la madera que se ha sugerido era transportada hasta Tell Qasile en la desembocadura del río Yarkón cerca de Jaffa (Dothan, Dothan, 2002: 106), o lo que equivale a decir que Tiro facilitaba tecnología y productos manufacturados (Frankenstein, 1979: 267), a cambio de importantes cantidades de productos agrícolas -trigo y aceite- (Aubet, 2000: 87). Según recoge el relato bíblico (I, *Rey.*, 5), los trabajadores aportados por Salomón estaban a las órdenes de un tal Adorinam, nombre claramente fenicio, resaltando la figura del maestro Hiram que labró los abundantes elementos metálicos que en el templo existían (Fig. 2), todo lo cual no hace sino evidenciar la notable influencia fenicia, tiria por más señas, en las técnicas constructivas y la ornamentación de este templo, hasta el extremo de que se ha llegado a afirmar que su aspecto externo e interno sería el de un genuino templo fenicio (Moscati, 1993: 39-40).

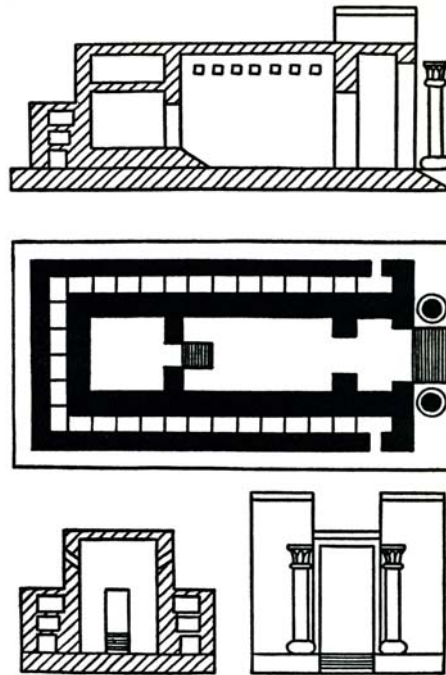


Fig. 2- Planta y alzado del templo de Salomón (Fuente: D. Harden).

Hemos dicho que Tiro se expandió territorialmente y en esta ocasión el registro arqueológico sí tiene algo que decir. En efecto, las recientes excavaciones arqueológicas emprendidas en la zona han puesto de manifiesto cómo durante la segunda mitad del siglo XI a. C. Tiro emprendió una política expansiva en la que su ejército debió jugar un papel importante por cuanto se han documentado niveles de destrucción en yacimientos como Akko o Dor, antes ocupados por los Pueblos del Mar (Bauer, 1998: 155-157). Así pues, hemos de admitir que ya antes del reinado de Hiram Tiro se había expandido hacia el sur de manera que controlaba las fértiles llanuras de Akko y la región del Monte Carmelo (Aubet, 2000: 81-83; Sader, 2000: 241), vitales desde el punto de vista agrícola.

Según el relato bíblico (I, *Rey.*, 9) Salomón ofreció al monarca tirio veinte ciudades en tierra de Galilea que este último rechazó al no ser de su agrado. Aunque el texto plantea cierta confusión, señala que Hiram las llamó tierras de Cabul en Galilea, pero acto seguido indica que pagó ciento veinte talentos de oro por ellas. En consecuencia, el texto sugiere que Tiro consiguió este territorio mediante el pago de una suma. Josefo (*C. App.*, I, 110), se limita a indicar que Salomón regaló un territorio galileo llamado Cabul o Carbulón. Se ha planteado que David habría

conquistado dichos territorios a comienzos del siglo X a. C., lo que explicaría que estuvieran en manos de Salomón (Aubet, 2000: 88), aun cuando lo cierto es que las primeras tumbas fenicias documentadas en Achziv tras los enterramientos filisteos se remontan al siglo X a. C. cuando se construyen una serie de hipogeos y sin que en ellos veamos influjos hebreos (Mazar, 2001: 157-159). Como se ha mostrado (Lipinski, 1991: 160-166) estas tierras de Cabul, que según el texto bíblico corresponden a los seis distritos que conforman el territorio de la tribu de Asher en Galilea, se adscriben en realidad a una zona ocupada por Tiro, de forma que estos territorios habrían sido parte del área de influencia tiria que continuó bajo su órbita, como evidenciaría el hecho de que en Horbat Menorin se hayan excavado varias tumbas pertenecientes a una aldea rural que cultivaría las ricas tierras del valle de Yavne, y cuyos ajuares funerarios estaban integrados por cerámicas genuinamente fenicias que han sido datadas entre los siglos X y IX a. C. (Braun, 2001: 174-180).

Suele admitirse, de acuerdo con lo expuesto por Josefo (*C. App.*, I, 18; *A. Jud.*, VIII, 5, 3), quien a su vez lo toma de Menandro, que durante los primeros años de su reinado Hiram llevó a cabo una acción punitiva contra los *kitium* al negarse éstos a pagar un tributo. Pero incluso admitiendo la veracidad del suceso los investigadores no se han puesto de acuerdo sobre el lugar al que el rey envió sus tropas. Según J. B. Tsirkin (1990: 37) esta ciudad no sería otra sino Útica. Ahora bien, ello obligaría a aceptar sin más que Útica fue fundada a fines del II milenio a. C. con todas las implicaciones que ello conlleva de cara al conocido debate sobre la precolonización, sin olvidar que al día de hoy los restos más antiguos hallados en algunas tumbas de la necrópolis de dicho enclave no van más allá del siglo VII a. C. (Picard, 1995: 295).

Otros autores (Bikai, 1978: 74; Blázquez, 1999: 74; Belmonte, 2002: 106; Prados, 2007: 94; Carayon, 2008: 59), optan en cambio por una ubicación más cercana a Fenicia desde el punto de vista geográfico, de tal forma que señalan a Kitiión como el origen del conflicto. Por desgracia esta hipótesis tampoco está exenta de problemas, ya que para aceptar tal hecho sería preciso admitir que Tiro dominaba este territorio con antelación al reinado de Hiram I, para lo que se ha sugerido que su padre Abibaal podría haber fundado una colonia en la isla (Bikai, 1987: 74; Negbi,

1992: 606), aun cuando no parece factible si tenemos en cuenta que el registro arqueológico chipriota del siglo XI C. nos informa de la existencia de una serie de contactos comerciales pero no de la instalación de semitas allí (Karageorghis, 2005: 32-34), todo ello sin olvidar que en el yacimiento de Kition nada hay que permita situar el establecimiento de colonos fenicios con anterioridad a las últimas décadas del siglo IX a. C. (Fernández, 1994: 290; Karageorghis, 1997: 188; 2004: 144-147).

Por último, otra postura es la defendida por E. Lipinski (1991: 221; 1992: 218), L. A. Ruiz y C. Wagner (2005: 108-110), para quienes la revuelta habría tenido lugar en un área mucho más cercana aún desde el punto de vista geográfico, ya que se trataría de la ciudad de Akko, cuya fértil llanura agrícola habría tenido un gran interés estratégico para Tiro dada la tradicional carencia en este sentido, extremo que llegaba a ocasionarles cierta dependencia del exterior (Wagner, Alvar, 1989: 73), si bien esta hipótesis no explicaría la clara vinculación que el término *kitium* tiene con la isla de Chipre.

Así pues, y a tenor de lo expuesto, cabe advertir que no existe unanimidad acerca de dónde tuvo lugar este hecho al no solventar las diversas objeciones que pueden hacerse. En este sentido no deja de ser interesante constatar que esta supuesta acción bélica no aparece citada en la Biblia, por lo que parece ser una aportación de Menandro, lo que tiene una gran trascendencia por cuanto supone de posible creación tardía. Ello nos lleva a plantearnos una cuestión, y ésta no es otra que interrogarnos acerca de si el monarca que tuvo que hacer frente a esta revuelta fue Hiram I o, por el contrario, debemos tener en consideración otro Hiram, el segundo, que sabemos, como vimos anteriormente, gobernaba sobre Kition en el siglo VIII a. C., lo que cuadraría mejor con una presencia de asentamientos fenicios en la zona que antes no encontramos. De ser así sería forzoso reconocer la existencia de distintos períodos en el relato que se nos ha transmitido.

Otro factor íntimamente unido al anterior sería el comercio, siendo ahora cuando se ha sugerido que se desarrollaron los contactos con varias islas como son Eubea, Creta y Chipre (Fig. 3), lugares en los que se han detectado importaciones semitas de esta fecha (Sherrat, 1993: 366; Aubet, 2000: 86) en un contexto en el que

se ha sugerido que dichos objetos podrían haber cumplido el papel de regalos lujosos y exóticos destinados a las aristocracias locales, quienes verían en ellos auténticos bienes de prestigio como símbolo de su estatus y poder frente al resto de sus comunidades (Crielaard, 1993: 140-144; Fernández, 1994: 101-102 y 215-218). Así, deteniéndonos en el primero de los lugares mencionados cabe recordar el descubrimiento de cerámicas fenicias en los cementerios que rodean Lefkandi y que pueden aparecer acompañadas de cerámicas chipriotas (Coldstream, 1982: 265; Negbi, 1992: 606-607), e incluso la notable presencia de objetos cerámicos y bronceos de ascendencia chipriota junto con cerámicas y joyas fenicias en una tumba real de esta necrópolis podría sugerir la existencia de relaciones diplomáticas entre las casas reales tirias y eubeas (Aubet, 2000: 85-86). Todo ello sin que dejemos de lado algún jarro de bronce vinculado con el servicio aristocrático para el consumo de vino, localizado en una de esas tumbas, que parece tener un origen oriental y no egipcio como hasta ahora se había pensado (Carter, 1998: 173 y 177).



Fig. 3- Ánfora fenicia del siglo XI a. C. hallada en Chipre (Fuente: V. Karageorghis).

Ya hablando del caso cretense cabe recordar la presencia de hallazgos realizados en puntos como Cnossos o Kommos, donde han aparecido materiales fenicios tales como vasos cerámicos y algún cuenco metálico proveniente de Tekke que ha sido datado en la segunda mitad del siglo X a. C., y que ofrece una inscripción en alfabeto semita, localizándose, nuevamente, junto a elementos de origen chipriota, en esta ocasión óbelos de bronce, a la par que se ha sugerido la presencia de algún orfebre fenicio enterrado en esta misma necrópolis (Negbi, 1992:



607-608; Kourou, 2000: 1068 y 1070), e inclusive los fenicios utilizaron como santuario el denominado templo A de Kommos edificado sobre las ruinas de un templo minoico y en el que se han distinguido dos fases constructivas, el cual fue reemplazado a finales del siglo IX a. C. por otra edificación, el templo B, donde se adoraban divinidades semitas. Aun cuando en un primer momento esta temprana presencia confirmada por la aparición de cerámicas fenicias sobre el suelo de la fase más antigua, se fechó a finales de esta centuria (Shaw, 1989: 165 y 168), más tarde se elevó hasta finales del siglo XI a. C. (Shaw, 1998: 4-6).

Finalmente, y refiriéndonos a la isla de Chipre es preciso indicar que los primeros contactos se restablecen ya en el siglo XI a. C., tal y como evidencian las cerámicas chipriotas descubiertas en el nivel XIII de Tiro (Bikai, 1978: 74-75; Aubet, 1987b: 42; Artzy, 2006: 93), así como los materiales semitas localizados en diversas necrópolis chipriotas como pueden ser Salamis, Gastria y Palaepaphos (Karageorghis, 2004: 132; 2005: 32), enclave este último que ha facilitado tan alta concentración de importaciones fenicias que se ha pensado pudo acoger alguna instalación comercial aún no descubierta (Aubet, 2000: 80-81). Muy importante parece haber sido en el siglo X a. C. el centro de Amathus donde, además de encontrarse productos levantinos, se ha sugerido que pudo ser un punto de contacto entre fenicios y eubeos, sin olvidar el fuerte influjo oriental que se percibe en la cerámica conocida como Negro sobre Rojo que se elabora en Chipre a partir de esta centuria (Karageorghis, 2004: 143; 2005: 34).

Muy importante resultó también la colaboración establecida con el reino de Salomón para comercializar oro, plata, marfil, madera de sándalo y piedras preciosas con Ofir en el Mar Rojo (I, *Rey.*, 10), habiéndose localizado en Tell Qasile una inscripción fechada hacia el 700 a. C. en la que se alude a “30 siclos de oro de Ofir para el templo de Horon” (Garbini, 1988: 242; Dothan, Dothan, 2002: 106), si bien para algunos autores este hecho reflejaría una realidad próxima al siglo VII a. C. de manera que no habrían tenido lugar al menos tal y como narra el relato bíblico. Así, se ha apuntado que la actividad extractiva de las minas del valle de Tinna debe situarse en épocas alejadas del siglo X a. C. (Finkelstein, Silberman, 2007: 145-146 y 161), y análisis de Carbono 14 confirman que estas minas fueron explotadas a lo



largo de esta centuria (Bimson, 1981: 130-140). Este asunto va indisolublemente unido al discutido tema de las naves de Tarsis que hacían dicho trayecto una vez cada tres años, y sobre las que aún se discute si deben vincularse con algún punto situado al sur de Anatolia (Garbini, 1980: 96-102; Finkelstein, Silberman, 2007: 152), el Próximo Oriente (Täckholm, 1969: 89; Aubet, 1987: 37) o con Tartessos en el lejano occidente (Alvar, 1982: 215-220; Koch, 2003: 201-214), por más que esta última relación no surja hasta bien entrado el siglo XVI (González Blanco, 1977: 234-138), por lo que parece más factible pensar en algún punto de la Península Arábiga o sus inmediaciones. Sea como fuere queda claro que es Hiram el principal artífice de estas expediciones al ser los tirios quienes construyen estas naves, en unas expediciones que, aun cuando se ha sugerido que podían haber llegado hasta la India (Smith, 1995: 7-8), parece que iban dirigidas a acabar con el monopolio de que gozaban los egipcios en la zona para acceder al oro desde Ezion-Geger, localizado en el yacimiento de Tell el-Kheleifhe, cerca del actual golfo de Aqaba (Aubet, 2000: 87-88) y en las que algunos autores reivindican el papel que también pudieron jugar los filisteos quienes a fines del siglo X a. C. ya habían sido asimilados por los fenicios (Garbini, 1988: 240 y 242).

Por otro lado, recientes intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en la ciudad de Huelva han sacado a la luz una serie de materiales fenicios, griegos, chipriotas, indígenas, sardos, etc., que han sido considerados como un reflejo de unos contactos mantenidos ya en época de Abibaal que habrían tenido continuidad en tiempos de Hiram I y de su hijo. Para ello se toman en consideración las elevadas cronologías obtenidas de muestras analizadas mediante el Carbono 14 que abarcarían desde finales del siglo XI al IX a. C. (Mederos, 2006: 180-182), a lo que se une la reciente sugerencia de que las espadas tipo Huelva habrían sido comercializadas por semitas (Mederos, 2008: 10-11). Ahora bien, aún siendo realmente sugerente este hallazgo onubense, creemos necesario ser prudentes puesto que, como se ha indicado (González et alii, 2004: 197-199; González et alii, 2008: 63), estas fechas parecen más seguras si las situamos entre las últimas décadas del siglo X o preferentemente a inicios del IX a. C., en todo caso cuando, según la cronología tradicionalmente admitida, Hiram ya había fallecido.



¿HIRAM O SALOMÓN?

A tenor de lo expuesto es imposible dejar que constatar que los paralelismos entre Hiram y Salomón son realmente extraordinarios. Así, si el primero reorganiza y canoniza el culto de Melqart, el dios estatal de Tiro, Salomón hace lo propio con el culto a Yavhé. Si destaca como rey piadoso por la construcción de templos, el segundo no se queda atrás con el de Jerusalén. Si Hiram se nos muestra como un favorecedor del comercio, Salomón actúa de idéntica forma, e incluso trafican juntos con Ofir merced a las naves de Tarsis, e igualmente si el rey fenicio lleva a cabo una activa política de expansión territorial, el monarca hebreo emprende campañas militares que acrecientan su reino. En suma, puede verse con claridad que las figuras de ambos reyes aparecen tan entremezcladas que resulta casi imposible discernir si la imagen salomónica ha sido tomada de Hiram o viceversa.

En este sentido es primordial tener presente que las fuentes literarias judías tienden a engrandecer a toda costa la imagen no sólo de Salomón, sino de la Casa de David en general, pues parece claro que Ashdod, por ejemplo, no fue destruida por este último, sino por los egipcios hacia el 970 a. C. (Dothan, Dothan, 2002: 216-217), sin que sea posible dejar de constatar que Gezer, la ciudad que le habría entregado el faraón a Salomón como dote por la boda de su hija, muestra en sus niveles excavados trazas de una ocupación filistea pero en ningún caso hebrea como cabría esperar (Roos, 1967: 70). Su extraordinaria sabiduría, la fuerza de su ejército, el matrimonio con una princesa egipcia, la visita de la reina de Saba, las riquezas que obtenía gracias al comercio, etc., señalan inequívocamente en esa dirección. Tan es así que inclusive se pasa por alto que, en sus últimos años, Salomón llegase a adorar a la diosa Astarté (I, *Rey.*, 11), hecho que, de tratarse de otro monarca, con toda seguridad lo habría convertido en un impío a ojos de su pueblo y, sobre todo, de los profetas.

Todo ello va unido a una nueva lectura de la figura de Salomón y su reinado tal y como nos ha llegado. Según esta revisión historiográfica los datos históricos que la Biblia ofrece corresponden no al siglo X a. C., sino a la época de Josías en el siglo VII a. C. El gran reino de Salomón jamás habría existido ya que por esas

fechas la sociedad hebrea tenía poca población, era fundamentalmente ganadera y carecía de grandes centros urbanos (Finkelstein, Silberman, 2009: 148-150). Salomón no fue el gran monarca de un reino fuertemente centralizado con capital en Jerusalén, ya que esta ciudad no fue un centro de poder estatal importante hasta finales del siglo VIII a. C., siendo así que ha llegado a considerarse que este emplazamiento no llegó a alcanzar en esta centuria más allá que el estatus de aldea por ende escasamente poblada (Finkelstein, Piasezky, 2003: 772; Finkelstein; Silberman, 2007: 57 y 73-74), lo que no es obstáculo para que algunos autores consideren que cumplía un papel de centro administrativo con importantes edificaciones (González et alii, 2008: 74), a pesar de que se ha mostrado cómo hasta el siglo VIII a. C. no pudo existir una tradición de escribas (Finkelstein; Silberman, 2007: 73-74). Así mismo, tampoco es seguro que construyera su famoso templo, sino que, a lo sumo, lo habría reconstruido (Knauff, 1991: 172, 175 y 183). En realidad todo parece sugerir que la situación política de Salomón era mucho más débil que la de su predecesor, siendo inclusive bastante plausible que fuese atacado por el faraón egipcio Sheshonq (Garbini, 2002: 52).

Además, es necesario tener en consideración la creciente falta de sustento arqueológico que amenaza esta visión “gloriosa” del reinado salomónico, ya que tradicionalmente se había considerado la existencia de una serie de construcciones monumentales (Prados, 2007: 93) (Fig. 4) que debían fecharse en este período como acontece, por ejemplo, con las murallas y puertas de acceso conocidas como de “seis cámaras” erigidas en yacimientos como Tell Dor, Gezer o Meggido (Laughin, 2001: 138-139), así como las estructuras palaciegas descubiertas en este último enclave, sin que olvidemos las pretendidas caballerizas reales (Fig. 5) de este lugar que también habrían sido construidas por este monarca (Finkelstein, Silberman, 2009: 153-159 y 371). Sin embargo, recientes estudios han puesto de manifiesto cómo tanto las estructuras palaciales como las pretendidas caballerizas pertenecen en realidad al reinado de Ajab en el siglo IX a. C. o a un poco más tarde, pero en todo caso nunca en la fecha que se supone reinó Salomón (Finkelstein, Silberman, 2007: 141-142), a la par que una serie de dataciones obtenidas a partir de análisis de Carbono 14 realizadas a muestras obtenidas en yacimientos como Tell Dor, Gezer, Meggido, Tell Hadar, Tell Rehov, Tell Kinneret y Ein Hagit vienen a poner en tela

de juicio dicha aseveración por cuanto muestran que estos niveles considerados como vinculables con el reinado salomónico son en realidad más recientes puesto que deben fecharse en el siglo IX a. C. (Gilboa, Sharon, 2001: 1345-1348; Finkelstein, Piasezky, 2003: 773-777; Finkelstein, Silberman, 2009: 159-160), por lo que no reflejarían el poder de este monarca, habiéndose planteado, además, que no todas son contemporáneas a la par que evidencian la influencia de las técnicas constructivas fenicias (Joffe, 2002: 442).

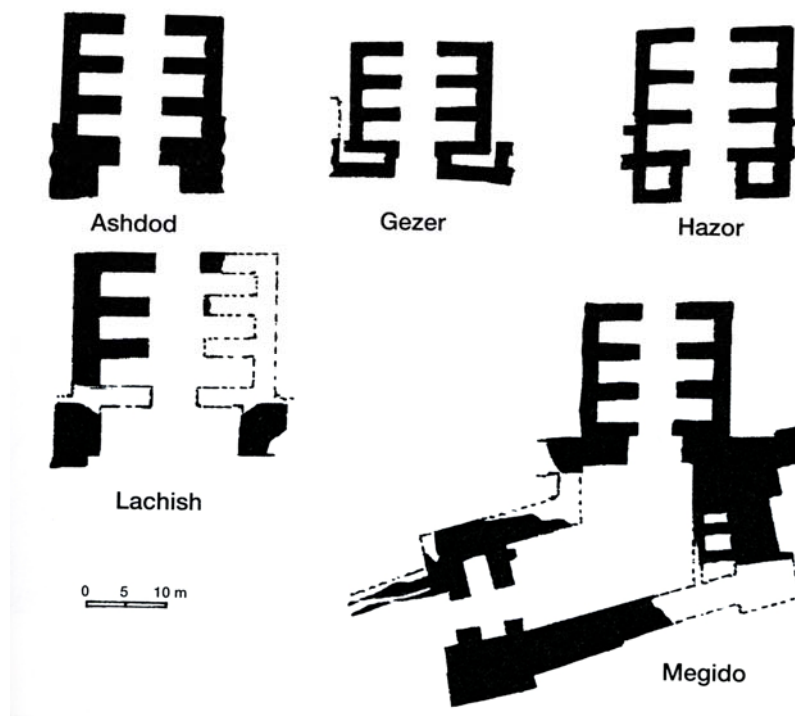


Fig. 4- Plantas de puertas “salomónicas” (Fuente: J. C. H. Laughin).

Todo ello sin olvidar que recientes investigaciones tienden a cuestionar no pocos de los aspectos que adornan el relato salomónico, de tal forma que el voluminoso número de carros y caballos que se le atribuyen parece a todas luces exagerado (Finkelstein, Silberman, 2007: 142-143) y, a lo sumo, avalarían unos contactos comerciales con Egipto y Cilicia para obtener unos bienes de prestigio que, por otra parte, eran comunes a todas las casas reales de la época (Ikeda, 1982: 221-225), a la par que su riqueza en cobre sólo demostraría su dependencia de Egipto y no de Fenicia (Knauff, 1991: 186). Sin embargo, pensamos que esta última circunstancia, es decir, la no inclusión del reino salomónico dentro de la órbita de Tiro, no resultaría del todo acertada si tenemos en consideración varios hechos, como serían la dificultad que existe a la hora de aceptar el matrimonio de Salomón

con una princesa egipcia, su entrega a Hiram de las tierras de Cabul, la asunción del culto a Astarté, el papel de éste en la construcción del templo y el palacio judíos, así como, sobre todo, el intento de romper el monopolio egipcio en el acceso a las zonas productoras de oro en íntima unión con el rey tirio. En este sentido conviene recordar que la versión griega realizada para los judíos de Alejandría en época helenística, conocida como Los Setenta, señala que Salomón era vasallo de Hiram (Knauff, 1991: 168, nota 2), lo que denotaría una dependencia de la casa real israelita respecto a la fenicia (Ruiz, Wagner, 2005: 111).

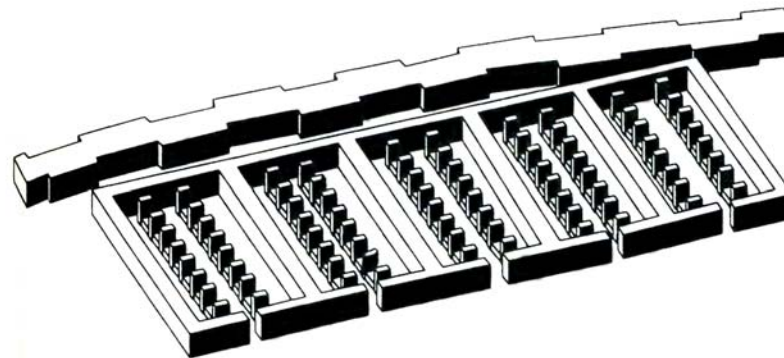


Fig. 5- Edificación interpretada como las caballerizas reales construidas por Salomón en Meggido (Fuente: I. Finkelstein, N. A. Silberman).

Ante dicha tesitura la cuestión que ahora nos atañe no puede ser otra que preguntarnos si estas dudas acerca de la visión bíblica del reinado de Salomón pueden llegar a afectar la imagen que estos textos nos han legado de Hiram. En otras palabras, si la imagen de Salomón fue acrecentada de forma consciente hasta llegar a convertirlo en un perfecto prototipo de rey constructor, emprendedor en el comercio y reformador de cultos ancestrales, ¿hasta qué punto esta imagen de Salomón no es en el fondo otra cosa que la imagen del propio Hiram I? Incluso se ha llegado a afirmar que las discrepancias que vimos en las obras de Flavio Josefo sobre la fecha de construcción del templo de Jerusalén no se deben a ningún error de escribas, sino que en realidad vendrían a representar las fechas del reinado de Hiram en las que éste reconstruyó los templos de Melqart y Astarté, lo cual habría hecho con un año de diferencia (Katzenstein, 1965: 116-117). El gran protagonismo de Salomón y su reinado parecen haber estado en un segundo plano y en íntima dependencia de Tiro. Son demasiados los paralelismos que las fuentes ofrecen entre ambos, fuentes encaminadas a engrandecer la imagen del rey judío. Por ello no sería extraño, a

nuestro juicio, que en el momento de la redacción de estos textos, muy alejado temporalmente de los hechos que narran, se tomaran datos entremezclados de una época ya confusa con los que conformar una visión fortalecida de su reinado tras el cual, conviene no olvidarlo, el incipiente estado unificado se dividió en dos partes (James, 1993: 195; Laughlin, 2001: 142). Pensamos que la imagen salomónica, cada día más difusa respecto a la visión tradicional que de este monarca se tiene, enmascara en realidad rasgos que caracterizan a Hiram I e incluso a Hiram II.

Tras comprobar cómo la historia que conocemos de Salomón no refleja un episodio histórico perteneciente al siglo X a. C., sino hechos y circunstancias de diversas etapas, y sin que exista un mínimo registro arqueológico capaz de sustentarlo, en el caso de Hiram nos encontramos ante una situación similar aunque, bien es cierto, esta vez sí existen al menos algunos indicios procedentes de excavaciones que parecen avalar un cierto auge de Tiro por estas fechas. Por ello nos preguntamos si la imagen transmitida de este rey fenicio, tan similar a la de Salomón, puede también reflejar distintos episodios pertenecientes a diferentes etapas temporales, de tal forma que, sobre una base real que nos remontaría al siglo X a. C. y que nos habla de la expansión territorial tiria y la reactivación del comercio hacia el Mediterráneo oriental, se solaparían otros como la posible mención a monarcas posteriores, a tal vez alguna revuelta en Chipre, así como al notable desarrollo del comercio fenicio. Incluso se ha sugerido que el léxico empleado en los tratados establecidos entre la casa real tiria y la hebrea muestra notables paralelismos con los términos que se documentan en los tratados suscritos entre los reyes fenicios y los monarcas egipcios descubiertos en Tell el-Amarna y que, como es bien sabido, podemos situar en el siglo XIV a. C. (Moore, 2004: 213-221), lo que vendría a suponer un fuerte conservadurismo, explicable tal vez por ser éste un ámbito estatal, pero que, en todo caso, y además de hablarnos de elementos anteriores al I milenio a. C., supondría que estos tratados se insertan en los parámetros fenicios de relaciones entre estados, pues ninguna misiva hebrea de este carácter ha sido hallada en Amarna (Belmonte, 2002: 100-102; Izre'el, 1995: 104-109).



Es preciso tener en cuenta que, a pesar de que algunos autores defienden que Tiro fue destruida por la llegada de los conocidos como Pueblos del Mar (Prados, 2007: 77), en la actualidad parece que no se vio afectada por las destrucciones que provocaron estas poblaciones, unos ataques que hoy en día, todo hay que decirlo, tienden a valorarse desde una óptica mucho menos destructiva que antaño, aun cuando en el ámbito semita que ahora nos interesa supuso el fin del reino de Ugarit y el saqueo de Sidón (Mederos, 2007: 127-130). Lo cierto es que ya en el siglo XI a. C. Tiro había extendido su influencia sobre territorios situados al sur como la llanura de Akko, a la par que había reanudado los contactos con la isla de Chipre, de manera que se ha apuntado que fue justamente Tiro la que comenzó a ejercer una hegemonía en el comercio con la isla (Aubet, 2000: 81). En este sentido el reinado de Hiram parece suponer una importante etapa de expansión en todos los sentidos para esta ciudad e incluso para el mundo fenicio en general, siendo él quien toma la iniciativa de cara a estrechar lazos con David y su sucesor Salomón. Gracias a estas alianzas Tiro consiguió controlar las principales rutas comerciales de la región (Aubet, 1987: 36), sentándose durante su reinado las bases que permitieron la posterior expansión tiria del siglo IX a. C., realizando una serie de navegaciones en un comercio a una distancia geográfica considerable como era el Mar Rojo y el Egeo (Sherratt, 1993: 364) algo que, sin duda, hubo de ser una buena fuente de conocimientos náuticos y comerciales de cara a la ulterior colonización del Mediterráneo. Ello no significa que el reino salomónico no conociera una etapa de apogeo, pues su colaboración parece esencial de cara a facilitar el creciente influjo fenicio hacia el sur (Frankenstein, 1979: 267-268), si bien creemos que todo parece indicar que lo hizo a la sombra del creciente poderío de Hiram. En este sentido conviene recordar que las relaciones entre las ciudades fenicias, especialmente Tiro y Sidón, con la zona de Galilea han sido calificadas como de carácter netamente colonial (Rappaport, 1992: 261-265),

A tenor de lo expuesto parece que Hiram fue el responsable del inicio de la expansión colonial fenicia, tiria por más señas, cuya economía muestra así signos de recuperación tras la crisis que afectó al Mediterráneo oriental en el siglo XII a. C. (Sherratt, 1993: 364-365), lo que le llevaría a convertirse en cabeza del principal estado de la costa levantina y que sería continuada por sus descendientes hacia el Mediterráneo occidental al contar estas empresas con un decidido apoyo del estado



encabezado por la figura del monarca (Bunnes, 1988: 230-231). A tenor del escaso volumen de material documentado para el siglo X a. C., parece que los contactos establecidos con el Egeo marcan el inicio de un comercio aún a pequeña escala en el que juegan un destacado papel los presentes introductorios (Finley, 1984: 76-82) que probablemente comenzó su padre Abibaal al establecer contactos con Chipre y, quizás, también Creta siempre que se acepte la datación más elevada para el santuario A de Kommos. Gracias a una hábil política expansionista que supone la anexión del territorio de Cabul y a los contactos con Salomón, el reino tirio se aseguraba el tan necesario suministro alimenticio, en tanto el comercio con Ofir le facilitaba oro, plata y piedras preciosas, así como elementos exóticos y suntuosos como marfiles, maderas, animales, etc., y Chipre facilitaría el cobre que tanta celebridad ha proporcionado a esta isla a lo largo de su historia (Artzy, 2006: 20), siendo bastante posible que Eubea proporcionara plata obtenida del continente europeo (Coldstream, 1982: 265-266).

CONCLUSIONES.

La figura de Hiram I de Tiro se nos muestra, aun a pesar de la escasa información que tenemos sobre la misma, como un elemento clave para entender el predominio tirio en el proceso colonizador fenicio posterior a su reinado, sentando las bases de su poderío comercial en el Mediterráneo oriental. Es preciso reconocer que nos movemos entre grandes imprecisiones, tanto en lo relativo a su cronología como a las fuentes literarias y su relación con Salomón, pues ciertamente aún no somos capaces de situarlo con precisión en un momento concreto de esta centuria y posiblemente seguirá siendo un asunto espinoso hasta el descubrimiento de algún texto epigráfico que pudiera aparecer en el futuro, lo que tampoco es seguro. Ante estas cuestiones debemos recordar que los textos escritos conservados que nos hablan de Hiram son projuicios en el sentido de que su preocupación no es tanto reflejar fielmente lo acaecido, sino justificar desde el punto de vista ideológico la defensa del pueblo hebreo sin olvidar, incluso, la de su propia posición social en el caso de Josefo.



Aunque su imagen aparece diluida en comparación con la que en las fuentes hebreas se ofrece de Salomón, pues queda claro que su glorioso reino nunca existió realmente y que su imagen fue magnificada, tal vez buena parte de los atributos que le adornan correspondan en verdad al reinado del monarca tirio, si bien también en este caso es preciso ser sumamente cautos por cuanto tampoco conviene olvidar que los datos que tenemos sobre él proceden de las mismas fuentes. Ahora bien, si consideramos la realidad histórica que parecen reflejar los datos arqueológicos obtenidos hasta el momento es preciso reconocer que es Tiro y no el reino unificado de Israel quien se nos muestra como el reino más pujante, tanto en su anexión de territorios limítrofes como en su comercio exterior.

En conclusión cabría afirmar que, aunque la figura de Hiram I de Tiro se nos aparece envuelta en una nebulosa de misterio, parece que fue durante su reinado cuando Tiro comenzó una fase expansiva que no terminaría hasta la consolidación de las colonias fundadas por esta ciudad a lo largo del Mediterráneo, si bien es preciso reconocer la imperiosa necesidad que existe de disponer de nuevos datos que puedan arrojar más luz al respecto, ya que tampoco cabe descartar que en los relatos que nos hablan de él se hayan entremezclado datos de monarcas posteriores como, por ejemplo, Hiram II en relación con la rebelión de los *kitium*.

jamartinruiz@hotmail.com



BIBLIOGRAFÍA.

- ALBRIGHT, W. F., (1947): “The Phoenician Inscriptions of the Tenth Century B. C. from Byblus”, *Journal of the American Oriental Society*, 67, 3: 153-160.
- ALVAR, J., (1982): “Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico”, *Rivista di Studi Fenici*, XI, 2: 211-230.
- ARTZY, M., (2006): *The jatt metal hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriote context*, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M. E., (1987a): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.
- (1987b): “Los fenicios en Oriente”, *Revista de Arqueología*, 79: 36-47.
- (2000): “Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean”, *Müntstersche Beiträge zum antiken Handelsgeschichte*, XIX: 70-120.
- BAUER, A. A., (1998): “Cities of the Sea: maritime trade and the origin of Philistine settlement in the Early Iron Age Southern Levant”, *Oxford Journal of Archaeology*, 17, 2: 149-167.
- BELMONTE, J. A., (2002): *Cuatro estudios sobre los dominios territoriales de las ciudades-estado fenicias*, Barcelona.
- BENICHOUSAFAR, H., (1992): “Tombes”, en *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Thurbout: 457-461.
- BIKAI, P. M., (1978): *The pottery of Tyre*, Warminster.
- BIKAI, P.; BIKAI, P., (1987): “Tyre at the end of the twentieth century”, *Berytus*, XXV: 67-69.
- BIMSON, J. J., (1981): “King Solomon’s mines?. A re-assessment of finds in the Arabah”, *Tyndale Bulletin*, 32 123.150.
- BLÁZQUEZ, J. M., (1999): “Los fenicios en Oriente”, en *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid: 13-310.
- BLÁZQUEZ, J. M.; CABRERO, J., (2004): “La arqueología israelita y la historicidad de los libros del Antiguo Testamento”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 40: 17-37.
- BRAUN, E., (2001): “Iron Age II Burials and Archaeological Investigations at Horbat Menorim (El-Manara), Lower Galilee”, *Atqot*, XII: 171-182.
- BOURBON, F.; LAVAGNO, F., (2006): *Guía de Arqueología de Tierra Santa*, Madrid.
- BUNNES, G., (1988): “Quelques aspects du commerce à longue distance des syriens et des phéniciens”, en *Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma: 227-233.
- CARAYON, N., (2008), *Les ports phéniciens et puniques. Geomorphologie et infrastructure*, Thesis de Doctorat, Strasbourg.
- CARTER, J. B., (1998): “Egyptian Bronze Jugs from Crete and Lefkandi”, *The Journal of Hellenic Studies*, 118: 172-177.
- CARROLL, S. T., (1988): “Solomonic legend: the muslims and the Great Zimbabwe”, *The International Journal of African Historical Studies*, 21, 2: 233-147.
- CIASCA, A., (1997): “Fenicia”, en *I fenici*, Milano: 168-184.
- COLDSTREAM, J., N., (1982): “Greeks and Phoenicians in the Aegean”, en *Phönizier in Westen*, Mainz am Rhein: 261-275.



- CRIELAARD, J. P., (1993): "The social organization of euboean trade with the Eastern Mediterranean during the 10 th. to 8 th. centuries b. C.", *Pharos. Newsletter of the Netherlands Institute of Athens*, 1: 139-146.
- DACHEZ, R., (2002): "Hiram et ses frères: une légende fondatrice", *Renaissance Traditionnelle*, 129: 17-26.
- DELCOR, M., (1983): "Les trônes d'Astarté", *Rivista di Studi Fenici*, III: 777-787.
- DOTHAN, T.; DOTHAN, M., (2002): *Los Pueblos del Mar. Tras las huellas de los filisteos*, Barcelona.
- DUSSAUD, R., (1945): "Melqart", *Syria*, 25, 3: 205-230.
- ELAYI, J., (2007): "An Updated Chronology of the Reigns of Phoenicians Kings during the Persian Period (539-333 b. C.)", *Transeuphratene*, 34: 11-43.
- FERNÁNDEZ TAPIA, I. M., (1994): *Contactos griegos en el Mediterráneo Oriental. Siglos X-VI a. C. (sureste de Anatolia, Levante y Chipre)*, Tesis doctoral, Madrid.
- FINKELSTEIN, I.; PIASETZKY, E., (2003): "Recent radiocarbon results and King Solomon", *Antiquity*, 21: 771-779.
- FINKELSTEIN, I., SILBERMAN, N. A., (2007): *David y Salomón: en busca de los reyes sagrados de la Biblia y de las raíces de la tradición occidental*, Madrid.
- (2009): *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Madrid.
- FINLEY, M. I., (1984): *El mundo de Odiseo*, Madrid.
- FRANKENSTEIN, S., (1979): "The phoenicians in the far west: a function of neo-assyrian imperialism", en *Power and Propaganda. A Symposium in Ancient Empires*, Copenhagen: 263-294.
- GARBINI, G., (1980): *I fenici. Storia e religione*, Napoli.
- (1988): "Popoli del Mare, Tarsis e Filistei", en *Momento precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma: 235-242.
- (2002): *Historia e ideología en el Israel Antiguo*, Barcelona.
- GILBOA, A.; SHARON, I., (2001): "Early Iron Age radiometric dates from Tel Dor: preliminary implications for Phoenicia and beyond", *Radiocarbon*, 43, 3: 1313-1351.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., (1977): "¿Tarsis=Tartessos?. Origen, desarrollo y fundamentos de la adecuación historiográfica", *Hispania Antiqua*, 7: 133-146.
- GONZÁLEZ DE CANALES CERISOLA, F.; SERRANO PICHARDO, L.; LLOMPART GÓMEZ, J., (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a. C.)*, Madrid.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L.; LLOMPART, J., (2008): "Tarsis y la monarquía unificada de Israel. Con un *Addendum* sobre la deposición primaria de los materiales de época emporitana-precolonial exhumados en Huelva", *Gerión*, 26, 1: 61-88.
- HALL, R. N., (1905): "The Great Zinbabwe", *Journal of the Royal African Society*, IV, 15: 295-300.
- HARDEN, D., (1985): *Los fenicios*, Barcelona.
- HOUTART, F., (1989): *Religión y modos de producción precapitalistas*, Madrid.
- IKEDA, Y., (1982): "Solomon's Trade in Horses and Chariots in its International Setting", en *Studies in The period of David and Solomon and other essays*, Indiana: 215-238.



- IZRE'EL, S., (1995): "The Amarna Glosses: who wrote what for whom?", *Israel Oriental Studies*, 5: 101-122.
- JAMES, P., (1993): *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona.
- JOFFE, A. H., (2002): "The Rise of Secondary States in the Iron Age Levant", *Journal of Economic and Social History of the Orient*, 45, 4: 425-467.
- KARAGEORGHIS, V., (1997): "Cipro", en *I fenici*, Milano: 185-198.
- (2004): *Chipre. Encrucijada del Mediterráneo Oriental, 1600-500 a. C.*, Barcelona.
- (2005): "The Phoenicians in Cyprus", en *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Madrid, vol.I: 31-46.
- KAZTZENSTEIN, J. J., (1964): "Is there any synchronismo between the reigns of Hiram and Solomon?", *Journal of Near Eastern Studies*, 24, 1-2: 116-117.
- KOCH, M., (2003): *Tarsis e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*, Madrid.
- KOUROU, N., (2000): "Phoenician presence in Early Iron Age Crete reconsidered", en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol.III: 1067-1081.
- LAUGHLIN, J. C. H., (2001): *La Arqueología y la Biblia*, Barcelona.
- KNAUF, E., (1991): "King Solomon's copper supply", en *Phoenicia and the Biblia*, Leuven: 158-186.
- LAPERROUSAZ, E. M., (1973): "A-t-on dégagé l'angle Sud-Est du temple de Salomon?", *Syria*, 50, 3: 355-399.
- (1982): "Après le Temple de Salomon la Bamah de Tel-Dan: l'utilisation de pierres à bossage phénicien dans la Palestine pré-exilique", *Syria*, 59, 3: 223-237.
- LEMAIRE, A., (1976): "Milkiram, nouveau roi phénicien de Tyr?", *Syria*, 53, 1: 83-93.
- (1991): "Le royaume de Tyr dans la seconde moitié du IV siècle av. J. C.", en *Atti del II Congresso Internazionali di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol.I: 131-149.
- LIPINSKI, E., (1991): "The territory of Tyre and the tribe of Asher", en *Phoenicia and the Biblia*, Leuven: 153-166.
- (1992): "Hiram/Hirôm", en *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Turnhout: 218-219.
- (1995): *Diexis et déesses de l'univers phénicien et punique*, Leuven.
- LIVERANI, M., (2001): *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo 1600-1100 a. C.*, Barcelona.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., (1997): "Los héroes civilizados: Melqart y Heracles en el extremo occidente", en *Héroes y antihéroes en la Antigüedad Clásica*, Madrid: 55-68.
- MAZAR, E., (2001): *The phoenicians in Achziv. The southern cemetery. Jerome L. Joss expedition. Final report of the excavations 1988-1990*, Barcelona.
- MEDEROS MARTÍN, A., (2006): "Fenicios en Huelva, en el siglo X a. C., durante el reinado de Hiram I de Tiro", *Spal*, 15: 167-188.
- (2007): "La crisis del siglo XII a. C. Pueblos del Mar y guerra de Troya ca. 1215-1175 a. C.", *Spal*, 16: 93-153.



- (2008): “Las espadas de tipo Huelva y los inicios de la presencia fenicia en occidente durante el Bronce Final IIC-III A 1150-950 a. C.”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 34: 41-75.
- MILLARD, A., (2004): “La arqueología y la fiabilidad de la Biblia”, *Ecclesia*, XVIII: 2: 157-164.
- MINETTE DE TILLESSE, C., (1997): “The conquest of power: Analisis of David and Solomon’s Accessión Histories”, *The Journal of Hebrew Scriptures*, I: 1-12.
- MITCHELL, C., (2002): “Transformations in Meaning: Solomon’s Accession in Chronicles”, *The Journal of Hebrew Scriptures*, 4: 1-16.
- MOORE, M. S., (2004): “Big Dreams and Broken Promises: Solomon’s Treaty with Hiram in Its Internacional Context”, *Bulletin for Biblical Research*, 14, 2: 205-221.
- MOSCATI, S., (1993): *Nuovi studi sull’identitá fenicia*, Roma.
- NEGBI, O., (1992): “Early Phoenician Presence in the Mediterranean Islands: A Reappraisal”, *American Journal of Archaeology*, 96: 599-615.
- PETTINATO, G., (1975): “I rapporti politici di Tiro con l’Assiria alla luce del trattato tra Asarhaddon”, *Rivista di Studi Fenici*, III: 145-160.
- PICARD, C., (1995): “Utique et Carthage”, en *I fenici: ieri, oggí, domani*, Roma: 289-295.
- PRADOS MARTÍNEZ, F., (2007): *Los fenicios. Del monte Líbano a las Columnas de Hércules*, Madrid.
- RAMOS, M. J.; BOAVIDA, I.; (2005): “Ambiguous Legitimacy: the Legend of the Queen of Sheba in Popular Ethiopian Painting”, *Annales d’Ethiopie*, 21, 1: 85-92.
- RAPPAPORT, U., (1992): “Phoenicia and Galilee: economy, territory and political relations”, *Studia Phoenicia*, IX: 261-268.
- RAWLINSON, G., (2005): *Phoenicia. History of a civilization*, (1899), London.
- ROOS, J. F., (1967): “Gezer in the Tell-el Amarna Letters”, *The Biblical Archaeologist*, XXX, 2: 62-7.
- RUIZ, L. A.; WAGNER, C., (2005): “David, Salomón e Hiran de Tiro: una relación desigual”, *Isimu*, 8: 107-112
- SADER, H., (2000): “Le territorio des villes phéniciennes: reliefs accidentés, modèles unifiés”, en *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre temas fenicios*, Alicante: 227-261.
- (2005), *Iron Age funerary stelae from Lebanon*, Barcelona.
- SANMARTÍN, J., (2003): “Génesis oriental de los dioses fenicios de las colonias occidentales”, en *De Oriente a Occidente: los dioses fenicios de las colonias occidentales*, Ibiza: 9-23.
- SHAW, J. W., (1989): “Phoenicians in Southern Crete”, *American Journal of Archeology*, 93, 2: 165-183.
- (1998): “Kommos in Southern Crete: an Aegean Barometer for East-West Interconnections”, en *Eastern Mediterranean: Cyprus-Dodecanese-Crete 16 th-6 th. cent. B. C.*, Athens: 2-17.
- SHERRATT, S. A., (1993): “The Growth of the Mediterranean Economy in the Early First Millenium B. C.”, *World Archaeology*, 24, 3: 361-378.



- SMITH, M. AS., (1995): *Nautical Archaeology. The development of maritime trade between India and the West from c. 1000 to c. 120 b. C.*, (Master of Arts), Texas.
- STIEGLITZ, R. R., (2000): “The phoenician-punic calendar”, en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol.II: 691-695.
- TÄCKHOLM, U., (1969): “El concepto de Tarschich en el Antiguo Testamento y sus problemas”, en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: Barcelona, 79-90.
- TSIRKIN, J. B., (1990): “Social-political structure of Phoenicia”, *Gerión*, 8: 29-43.
- WAGNER, C.; ALVAR, J., (1989): “Fenicios en occidente: la colonización agrícola”, *Rivista di Studi Fenici*, XVII, 1: 61-102.
- WHITROW, G. J., (1990): *El tiempo en la Historia*, Barcelona.
- XELLA, P., (2003): “Il re”, en *El hombre fenicio*, Madrid: 23-32.